

Entrevista con Montserrat Anguera i Soler, autora de 1936

La entrevista loca

El sol s'amagava darrere d'uns núvols llunyans i un vent gelat bufava pel carrer, escombrant la gent que cercava el recer de casa, el recer de la llar.

A la llar dels Castellví es vivia en expectació esperant una arribada, l'arribada d'un hereu.

Seduca el inicio de la novela *1936*, costumbrista estampa de una familia en los prolegómenos de la Guerra Civil (Ediciones Carena, 2020; en la misma editorial ha publicado media docena de libros).

La catedrática de la Universitat de Barcelona Montserrat Anguera, con más de una veintena de novelitas breves a sus espaldas («a veces, tres por año»), mete el turbo cuando su imaginación se desata. «Escribo con rapidez, con mucha rapidez, porque hoy todo va rápido, ¿no?», dice a modo de disculpa, y sin perder un ápice de su coquetería: «¿Me has reconocido con el pelo blanco? Mira, he cambiado».

Cuello alto sin volantes y con un lazo anudado de color carne.

De figura esmeralda, con un talle que es un tallo de copa de vino, maridaje de golpe intelectual y culo de mal asiento. No se está quieta.

Intensa.

Perspicaz.

Dialéctica.

No tiene internet.

Y su casa, un cuarto piso en una vía del barrio de Horta, es un pasado presente, una prolongación de su temperamento: nada altiva, coronada de verbos («me gusta la lingüística»), alhajada de fotografías en blanco y negro (la familia), de óleos románticos (mares embravecidos igualitos a los que pintaba David Friedrich) y maderas nobles, con ese color marrón envuelto en brumas, indicador del paso voraz del tiempo.

Obras de referencia, como la *Gran Enciclopèdia Catalana*, y su verde enredadera que contrasta con las tablas de una estantería griega.

En medio, una mesita para las pastas del té, si la casa de Montserrat hubiese sido una casa victoriana. Porcelanas chinas de vasos y tибores azul atlántico. Y un abanico de varillas esmaltadas, cerradas, esperando el escalofrío de una canción de Aute o una sonata de Chopin.

La primera pregunta, mercenaria, va encaminada a la necesidad de saber cómo construyó la trama de *1936*.

Ella pone quinta: «No hay nada inventado. Si no sé algo, busco documentación, me voy a fuentes originales, fuentes serias. Antes iba al Arxiu de la Corona d'Aragó y a la biblioteca de estudios clásicos de la Universitat de Barcelona. Así, he aprendido muchas cosas de Barcelona: por ejemplo, que los túneles de Ferrocarrils de la Generalitat de Catalunya son anteriores a la construcción del metro. Y que el primer tramo electrificado de Barcelona iba de Arc del Teatre al Pla de la Boqueria. En el caso de *1936*, todo me lo contaron... Los pobres padecieron por todos lados».

Reportero Jesús.—¿Su padre luchó en el frente?

Montserrat Anguera.—El abuelo, y tuvo una vida larga.

R. J.—¿Salió vivo de la guerra?

M. A.—La gente hablaba de la Quinta del Biberón, aunque yo no conocí a ninguno.

R. J.—La desbandada fue cruel.

M. A.—Huyó quien pudo, pero la ciudad se erizó de barricadas, con camiones rusos con plataformas abiertas y chicos y chicas con fusiles que cantaban *La Internacional*. Tengo

una amiga que lo vivió de pequeña y creía que era como la Revolución francesa de los libros de texto.

Se le preguntaba por la trama: «Una novela se parece a otra. Escribo en el portátil, antes lo hacía a lápiz. Necesito escribir, la mayoría de veces con las iniciales M. A., porque soy muy celosa de mi intimidad. Cuando me dediqué a la narrativa, lo hice para divertirme, y escribo en cadena, porque lo necesito. Siempre digo que esta es la última, pero soy incorregible. Para no aburrirme, escribo. Ahora tengo una novelita titulada *Talons d'agulla*, y la escribí durante el confinamiento [marzo-junio del 2020]. Las tramas las pongo en cola. Siempre es un enigma cuándo vendrá la próxima».

R. J.—¿Cómo describe la época?

M. A.—¿Cómo escribo?

R. J.—No, como la describe.

M. A.—¿Mi novela?

R. J.—No, la época actual. Quería saber su opinión.

M. A.—¿Sobre qué?

R. J.—Sobre la crisis sanitaria y lo que se vive hoy.

M. A.—¿Te refieres al virus? Ha venido para quedarse. La vacuna es muy lenta e insegura, y dicen que no habrá para todos. Me hace pensar en Sodoma y Gomorra... Por cierto... [Sus ojos se posan en el libro de la mesita, *La tresse*, de Laetitia Colombani, «tres mujeres unidas por un poderoso anhelo de libertad»], estoy leyendo un libro que es una monada, en un francés delicioso, delicioso.

R. J.—¿Aprendió francés de pequeña?

M. A.—Desde siempre.

R. J.—Yo estoy estudiando inglés.

M. A.—El inglés es el latín de ahora, es la lengua universal. Aún te encuentras testamentos en latín, en los archivos de documentos del siglo XIX. Ramon Llull no solo escribía en árabe, también en latín. Tiene una vida novelesca Ramon Llull. Su *Cant de Ramon* es una plegaria preciosa.

R. J.—Pues nada, solo quería saber su proceso creativo.

M. A.—Mi literatura es espontánea, nada elaborada, escribo a chorro, no miro las musarañas.

R. J.—Es curioso, porque también ha hecho investigación.

M. A.—Tuve una beca, y la tesis es el punto de partida, no de llegada. Por eso, cuando escribo sobre cosas del pasado, me gusta informarme. Contraste. Yo escribí sobre la gramática del catalán. Hice excavaciones en casa y encontré un ejemplar de mi tesis... ¿Sabes que Ramon Llull –Ramon Amat se llamaba– vivía en el Parc de la Ciutadella?

R. J.—De alguna manera, Barcelona siempre es protagonista en sus obras.

M. A.—Es lo que sé, lo que he vivido.

R. J.—Lástima que este año no se celebre Sant Jordi.

M. A.—Una pregunta, ¿se celebrará al final Sant Jordi?

No lo había dicho.

Montserrat tiene casi cien años.

Jesús Martínez